

nes, entre las cuales se contaba nuestra México, todos respondieron á una voz lo que Faraón al oír descifrado su sueño: ¿Por ventura podremos hallar un varón como éste, que esté lleno del Espíritu de Dios? ¿Acaso podré hallar otro más sabio y semejante á tí, *numquid sapientio-rem et consimilem tui invenire potero?*

No de otra suerte discurrieron aquellos prudentes Prelados y piadosos gobernantes, y pusieron toda la América Española, y en especial nuestra México, bajo el patrocinio de San José. ¡Y en verdad que tuvieron razón! Si atendemos á lo poco que de él nos dice el Evangelio, descubrimos desde luego su gran santidad; si meditamos en los pasajes de la historia de Nuestro Salvador que se relacionan con José, nos asombran sus virtudes; si de aquí sacamos las legítimas consecuencias á que nos autorizan los Santos Padres y los Sumos Pontífices, nos formaremos una altísima idea de su poder actual en el reino de los cielos.

José era justo, nos dice el Evangelista San Mateo, *Joseph autem cum esset justus*; y su vida entera confirma el breve cuanto elocuente panegírico. Vemos primero á José dando mano de esposo á la Virgen de Nazaret, y custodiando la pureza de uno y otro, en el estado del matrimonio. Lo vemos con sin igual prudencia devorando en silencio sospechas y celos, y creyendo sin vacilar al ángel que lo tranquiliza sobre la fidelidad de su virginal esposa y le revela el misterio de la Encarnación. Con obediencia ejemplar emprende con María el penoso viaje desde Nazaret hasta Belén, solo por cumplir con el precepto de Augusto. Con fe ciega escucha al ángel que le manda atravesar el desierto y huir á Egipto con el re-

cién nacido Salvador. Con fortaleza inaudita soporta el largo destierro en aquella inhospitalaria región. Con obediencia tan pronta como antes, vuelve á Nazaret á la voz del Señor y reasume su acostumbrada vida. Como fiel observante de la ley de Moisés, va cada año á adorar al Templo de Jerusalén. Con humildad maravillosa sufre la pérdida momentánea del niño Jesús, escucha los reproches que éste le dirige, y continúa, sin engreirse, esa vida de padre, amo y maestro de un Dios, que el Evangelio compendia en las célebres palabras *erat subditus illis*.

¿Dónde, dónde se encuentran tantas virtudes reunidas en tan alto grado en el mismo santo? Modelo de vírgenes y de casados, de nobles y de artesanos, de sacerdotes y de padres de familia, digno era el patriarca San José de ser propuesto como dechado sublime á los habitantes de las nuevas cristianas colonias del Nuevo Mundo. Digno era también que se le constituyese como el Virrey Celestial y prudente gobernador, que por un lado guardase bien la cosecha preciosa de la fe recién recogida en aquellas fértiles tierras, y por otro alcanzase del Monarca de la Gloria las gracias y favores de que habían menester, así para la época de la abundancia como para el tiempo de escasez, los piadosos neófitos, los celosos misioneros, los cristianos colonos.

Acabo de citaros las lacónicas, pero expresivas frases, con que el Evangelio nos narra las relaciones de Jesús hacia José, *erat subditus illis*, mientras vivió con él en su taller de Nazaret. Jamás acabaría si repitiera una á una las sentencias de los Padres y místicos escritores que conjeturan, declaran y enseñan que idéntica sumi-

sión de parte del Verbo Humanado, é igual autoridad de parte de José, tienen que existir en el Reino de los Cielos. Leed á Teresa de Jesús y á Francisco de Sales, y os formaréis una idea del gran poder que ejerce el Santo Patriarca en la gloria; conoceréis cuán valiosa es su protección.

Siendo tal su poder en los cielos, ¿lo empleó con la misma sabiduría que el antiguo José en Egipto, en el gobierno espiritual de la región de la Nueva España, puesta bajo su patrocinio? Hablen por mí los templos levantados en todo México, los conventos, monasterios, colegios, hospitales, orfanatorios que parecían germinar de nuestro suelo. Hablen los varones santos y doctos que aquí florecieron, las innumerables vírgenes que se consagraron al Señor. Esto fué en el tiempo de la abundancia. Pero ¿se guardó en México, como en Egipto, el grano, la cosecha de la fe y la caridad que se necesitaba para los años estériles que habían de venir? Esto nos resta ver y esto pondrá en relieve la protección del augusto Patrono á quien hoy dedicamos el Templo.

Hablo á un auditorio á quien no son, por cierto, desconocidos los estragos del hambre y la sequía. Los arroyos cuyas aguas disminuyen gradualmente y acaban por agotarse; los campos quemados por el sol; los árboles deshojados y secos antes del Otoño; los pozos que fango y tierra arrojan en vez del agua que se les pide; la tierra árida; el polvo introduciéndose por todas partes; el cielo de un azul y una limpieza que en otras circunstancias encantarían, pero que en medio de tal calamidad provocan y desesperan, son paisajes á que estáis demasiado acostumbrados para que sea menester detenerme á pin-

tároslos en todos sus pormenores. También habéis visto, aunque no tan frecuentemente, el campo regado de animales muertos de hambre y de sed; las chozas desiertas ó habitadas por cadáveres vivientes; los caminos tristemente poblados de hombres y mujeres y niños, escuálidos, hambrientos, enfermos á causa de la larga inedia, arrastrándose apenas de un lugar á otro en busca del grano indispensable para su sustento, y que la madre tierra se obstina en negarles.

Estos cuadros que habéis contemplado otras veces, no son sino sombra de lo que pasa en Oriente en los largos períodos de esterilidad, de lo que sucedía en Egipto y en Siria en tiempo de José. Transportaos por un momento al inmenso desierto que separa la capital de los antiguos Faraones de la tierra de Canaan, en donde habitaba Jacob, y mirad con ojos enjutos, si tenéis valor, el desgarrador espectáculo que presenta. Paso á paso avanzan las numerosas caravanas, pudiendo apenas hombres y bestias levantar los pesados pies entre la arena, y tostados por el sol abrasador. Aquí cae un camello sin que golpes ni esfuerzos valgan á hacerlo levantar. Más allá muere un noble caballo que hace largos días ni come ni bebe, y que sin embargo, se ha sacrificado por sus amos y prestádoles hasta lo último sus útiles servicios. Más adelante una madre bañada en lágrimas, sepulta al hijo que no ha tenido con que alimentar. Á poca distancia, estenuada de hambre y devorada por la fiebre, agoniza una tierna doncella. Sacando fuerzas de flaqueza, se animan unos á otros unos cuantos jóvenes de nervudos brazos y pies cubiertos de sangre. Saben que á no gran trecho hallarán un pozo en que llenar

las enjutas odres y dar de beber á sus esposas y á sus dromedarios, y marchan, marchan, hasta llegar al suspirado paraje que saludan con gritos de alborozo. Descienden hasta el fondo y ¡oh desesperación! está seco el pozo á que tanto deseaban llegar. Las caravanas que les han precedido han agotado el poco líquido cenagoso que aun contenía. En fin, dejando tras sí muertos de miseria á los seres más queridos, llegan á Egipto y se acercan á Faraón pidiendo socorros.

¡Qué contraste con lo que pasaba en su tierra! Allá todo lo consumieron en la época de la abundancia. Aquí un sabio gobernador fué reservando la quinta parte de las cosechas en vastos graneros construidos en todo el reino, y ahora todo les sobra, y se alimentan los indígenas y convidan á los peregrinos. *Ite ad Joseph*, dice á todos Faraón, y nadie que acude á José vuelve burlado en sus esperanzas. Él abre sus graneros y torna en bienes los que de otra manera habrían sido acerbísimos males.

Por desgarrador que se ofrezca á vuestros ojos este cuadro del hambre, no es sino débil imagen de la esterilidad espiritual que ha invadido la tierra entera y en especial nuestro suelo. ¿Dónde están las antiguas cosechas de fe y de religiosidad, de santidad y de virtudes que por tantos años hicieron de la América española un verdadero Edén? ¡Ay! todo falta; y lo peor es, que los habitantes de esta desgraciada tierra ni siquiera sienten el hambre, nada les importa la sed, nada la escasez. El hijo pródigo envidiaba á los inmundos animales que guardaba, su asqueroso alimento. Los que hoy pueblan el mundo se dejan morir impasibles, y lejos de correr á

Egipto en busca de grano, se juzgan dichosos en medio de la escasez espiritual que los rodea.

No falta, empero, quien recurra al monarca celestial pidiendo socorros; y su Vicario, el Romano Pontífice, responde como Faraón: *Ite ad Joseph*. En medio del hambre que nos oprime, Pío IX levantó su voz hace catorce años, dando á todo el mundo por protector especial al Patriarca San José, y remitiéndonos á aquel que de cierto conserva en los cielos parte de la influencia y poder que ejerció en la tierra sobre el Hijo del Altísimo.

Patrono nuestro y soberano especial de México había sido José por largos siglos. ¿Había conservado también en sus graneros una quinta parte siquiera, de aquella religiosidad, de aquella fe, de aquella piedad que distinguió á nuestros mayores? Hablen por mí las bóvedas de este templo que hoy dedicamos en su honor. Hablen las copiosas limosnas con que en doce años se ha edificado desde los cimientos. Hablen esa actividad, ese celo, ese desinterés superiores á todo elogio de quien ha dirigido los trabajos y constituídose piadoso empresario. ¡Con cuánto placer inauguro mis fatigas en mi nueva diócesis bendiciendo un nuevo templo, así como coroné mis labores en mi antiguo obispado, bendiciendo otros tres! ¡Qué dulce satisfacción para mí el presentar al Altísimo, apenas llegado, esta rica ofrenda que le hacen los fieles potosinos en una época de tanta escasez espiritual y temporal!

Cuando vemos tan opimos frutos de fe y de generosidad cristiana, no nos quejemos de vivir en los tiempos en que la Providencia nos ha hecho nacer. Estos años de esterilidad se han permitido, sin duda, para agui-

jonear nuestro celo y estimular nuestra actividad, y no debemos estar descontentos de nosotros. ¿No se ha sostenido el culto con el esplendor antiguo? ¿No se han vuelto á levantar en todas las diócesis los destruidos seminarios? ¿No se han recobrado muchos templos perdidos y construido otros nuevos? ¿No se ha vuelto en los fieles la piedad más sólida, no se ha acendrado más la generosidad?

Demos gracias por ello al celestial patrono que nos dió el Altísimo, al pródigo virrey que conservó para el tiempo de la miseria esa fe y esa religiosidad que están produciendo frutos tan ricos. El templo que le habéis levantado es prueba manifiesta de vuestra gratitud. El culto continuo que en él se tribute al Altísimo, pruebe la constancia de vuestro reconocimiento. Me han encantado vuestra piedad y vuestra tierna devoción. Que á ella correspondan vuestras obras, de suerte que vuestro Pastor y vosotros mismos, nos encontremos un día en la gloria, cobijados con el manto de José y á los pies de su purísima esposa María.



EDICTO GENERAL DE VISITA.